

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

EUGENIO GARCIA - DIAZ

ACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

¿Quién soy?

EUGENIO GARCIA-DIAZ

UN HOMBRE SE ASOMA A SU HISTORIA

Estimula el ánimo y abre camino a un sano espíritu de equidad, esta tarea de reseñar interioridades de la propia existencia, afán que se desplaza entre la permanente búsqueda de una identidad personal y la justificación que cada uno debe encontrar a la vida y, deseo recordar a don José Ortega y Gasset, este meditador independiente y algo díscolo —como él se definía— quien ha sostenido que *la nota más trivial, pero a la vez la más importante de la vida humana es que el hombre no tiene otro remedio que estar haciendo algo para sostenerse en la existencia. La vida nos es dada, puesto que no nos la damos a nosotros mismos,*

sino que nos encontramos en ella de pronto y sin saber cómo. Pero la vida que nos es dada no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros, cada cual la suya.

En las páginas siguientes les haré partícipes de algunos hechos que son partes de mi existencia; ellos conciernen a la forma como he hecho mi vida; y cómo la literatura juega un papel, para mí, preponderante.

Quisiera señalar, previamente, para no incurrir en un olvido, mi gratitud para con la *Agrupación Amigos del Libro* inspiradora de esta actividad del *Quién es Quién en las Letras Chilenas*, que permite a los autores trascender desde su intimidad humana y en la definición de su actitud como creadores. Me preceden en este ciclo significativos nombres que engrandecen nuestra literatura, razón más que suficiente para que advierta las orillas tan cercanas de mi labor literaria.

En 1937, mi madre y yo emprendimos un largo viaje hacia el extremo austral del país; para nosotros era ir al otro lado del mundo y hoy puedo explicarme con mayor propiedad la angustia que sentía en esos ya perdidos años de la infancia.

En la penumbra del amplio y común camarote de clase económica de aquel barco que nos llevaba a ese incierto destino, advertía como la nave se hundía y laboriosamente remontaba el oleaje, en esa travesía tan temeraria para mi edad. Golfo de Penas se llama aquel horizonte de olas que sólo podía avizorar a través de las muy aseguradas claraboyas; Puyehue se llamaba aquel barco, el primero que conocí. Estará ligado a mí por este proceso de asimilación definitiva que en la niñez tienen algunos hechos singulares.

Considerar otros detalles sería menguar el pasado, prefiero vivir íntimamente las alternativas de ese viaje, en el que al temor de las inclemencias marinas se sucedió la alegría infantil de ir descubriendo islas de hermosa vegetación, canales sorprendentes, tocar las orillas continentales allá en la Angostura Inglesa, advertir que como gigantes cisnes los témpanos se alejaban de la borda.

Contemplar incrédulos como en la recalada de los vapores en Puerto Edén, se aproximaban a la nave modestas canoas tripuladas por alacalufes, desnudos, misérrimos, en busca de una singular transacción de su mercadería consistente en productos del mar, por ropas, entre las que in-

cluían, curiosamente corbatas; situación que hoy, ya casi extinguido ese viejo tronco étnico, me produce una enorme tristeza y una incitación a reflexionar sobre esta lenta pérdida de esas raíces.

También hicimos volar nuestra infantil imaginación, suponiendo extrañas aventuras de valientes corsarios, al contemplar el casco de barcos que naufragaron en los canales, posiblemente en noches de tormentas, cuyos restos quedaron allí, para avivar la incertidumbre de los peregrinos, porque eso éramos quienes viajábamos por vez primera por esas rutas.

Al final de esa travesía, divisamos una ciudad que amanecía en un clima de claridad auro-ral, nuestra nave se aproximó al muelle de Punta Arenas, ciudad que nos recibió con su mensaje de vientos; oscuros temores, ansiedad por esa llegada a un lugar desconocido, tan lejos de Santos Dumont, la calle de mis abuelos, donde crecí junto al perfume de un ilang ilang.

Nuestra primera época la vivimos en una residencial céntrica, en la que gozamos de la hospitalidad sureña y allí una pequeña inglesita, huésped de esa casa, se empeñó con esmero en enseñarme el idioma de su Rubia Albión. Han pasa-

vaba que los árboles se encogían bajo el peso de la nieve y los pastos se quemaban con el frío.

Sucedió, así puedo explicarlo hoy, que algo se quebró en mi interior, alguna fibra íntima de mi infancia fue conmovida hasta el dolor; en ese instante preciso, nació mi vocación. Sólo el choque violento de una sensibilidad en formación, con una naturaleza desconocida, aportando elementos telúricos nuevos, fue a mi entender determinante en esta necesidad de escribir que surgió en mí a tan temprana edad.

El testimonio, dos pequeños poemas que se perdieron en este ir y venir de nuestra existencia uno de ellos dedicado a un árbol desganchado por el peso de la nieve y el otro a una nave, como aquella que nos llevó a tan lejanas latitudes. Allí nació mi pasión poética. Y ahora también me explico, he quedado sensibilizado para vibrar con el paisaje, me conmueve la visión de un amanecer, la longura de un camino, el perfil de un volcán, o el vuelo de una golondrina:

Una mañana, al iniciarse septiembre de 1939, un rumor se hizo manifiesto y luego noticia infausta, el 1º de ese mes se había iniciado en Eu-

ropa la Segunda Guerra Mundial y la prensa local traía un titular a lo ancho de página.

Más tarde, de regreso en Santiago, las discusiones de adolescentes polarizaron nuestra visión del mundo y fue posible reconocirme entre aquellos que amábamos la democracia como sistema insustituible de vida, amagada en esos momentos de la historia humana por la insania de una delirante actitud hegemónica.

Ahora, por cierto, se hace necesario fijar algunos hechos que forman la circunstancia del hombre. Nací en La Frontera, en esa zona que Neruda denominara el Far West; en esos campos que recorriera Trizano batiendo forajidos; allá en Carahue, de lluvias inclementes, muy próximo al Budi, junto a cuyas aguas el mapuche canta a su envejecida y dolida raza.

Dinastía geográfica de poetas: Pablo Neruda, Miguel Arteche, Jorge Jobet, Efraín Barquero, Altenor Guerrero, Jorge Teillier, Lita Gutiérrez, Juvencio Valle, Eliana Navarro.

Allí llegué al mundo el 21 de junio de 1930; no tengo sino vagos recuerdos de esa mi primera edad, vivimos en Carahue, sintiendo el bronco desplazarse del río Imperial; mis padres Eugenio y

Laura regresaron a Santiago y vivimos en Santos Dumont, en una amplia casa de tres patios que lindaba hacia el fondo de la huerta con el viejo hospital San Vicente de Paul.

Toda mi adolescencia la viví en diferentes puntos del Barrio Independencia: Lastra, Dávila, Sevilla, Francia, Santa María, Gamero, Maruri; mis amigos de toda la vida, mis primeros afectos, mis iniciales experiencias del vivir en sociedad; los afanes del amor nacido en flor, aquellos ojos que tal vez nunca olvidaremos, están unidos por un sentimiento indefinible, tal vez de ternura, tal vez de dolor, a la vieja Cañadilla, barrio que ayer nos parecía un gran hogar. Allí fuimos escolares caprichosos, estudiantes díscolos, enamorados de las trenzas sedosas de vecinas quinceañeras a cuyo oído susurramos las primeras palabras de amor; practicamos deportes en el viejo Club Imperial y perseguimos azules mariposas descritas en nuestros jóvenes sueños.

Tal vez la escuela más impresionante que tuve en mi formación fue la que viví en la Guardia del Hospital San Vicente de Paul a la que tenía acceso por las funciones administrativas que cumplían allí mis mayores. En esas guardias de fin

de semana conocí el dolor ajeno, la congoja del hombre frente a las enfermedades y duelos irremediables; eran esos tiempos en que a nadie se le exigía mayor tributo para acceder a las hospitalarias salas, grandes edificaciones a cuyas puertas aparecían como ángeles, diminutas enfermeras con aladas cofias y monjas silenciosas y abnegadas. Vi muchas veces tan de cerca la muerte dibujada en el rostro lívido de bellas mujeres y trascendiendo la guapeza de los bravos maleantes que solían llegar con grandes y casi fatales heridas; tragedias incomprensibles para el sentido común.

También, alcanzamos los últimos resplandores de otras épocas, cuando escuchábamos el circular de los viejos y cansados tranvías 36, el último pregón de los comerciantes nocturnos y luego el lejano silbido de las perdidas parejas de guardadores del orden que lo eran simbólicamente en tan extensas zonas.

Nuestra labor estudiantil se interrumpía al llegar el atardecer para recibir la noche en las esquinas, en esas esquinas en sombra por las que rondando pasaba la pasión. Tuvimos una vivaz y poco sistemática adolescencia estudiantil compartida en diferentes colegios: Instituto Nacional, Li-

ceo Valentín Letelier, Liceo Andrés Bello; pero ya en esa época amábamos esas empresas peregrinas que son la savia de la juventud; después de los infaltables diarios murales y mecanografiados, laboriosamente publicamos, en 1942, apareció nuestro primer periódico *Pluma y Pensamiento*, con la cooperación de otro editor precoz, luego participamos de aventuras editoriales en el *Guía Americano* y más tarde imprimimos una revista que titulamos *Senderos*.

En 1948 me propuse la publicación de mi primer libro, *Una ciudadela bajo la luna*; ese mismo año aparecieron las siguientes obras de estimados amigos con los que compartíamos las inquietudes de la época: *El corazón y el vuelo* de Edesio Alvarado; *La muerte desnuda*, de Irma Astorga; *Capitanía de la sangre*, de Mario Ferrero; *Suicida en las aguas*, de Alfonso Gómez Líbano; *Las nubes trágicas*, de Ricardo Navia; *Momentos sin números*, de David Valjalo. De esta circunstancia dejé testimonio en un artículo en *Las Últimas Noticias* el 30 de abril de 1978, cuando se cumplieron treinta años de la publicación de esas obras.

Hoy desearía explicar que probablemente aquel título de mi primer libro era sólo una apro-

ximación a la idea de alcanzar una expresión de justicia, de libertad, de so'ldaridad; veía esa ciudad, esa aldea, como el ámbito generoso en el que todos los hombres alguna vez encontrarán el gran motivo para cultivar el amor entre hermanos; era por cierto una primera entrega con todas sus imperfecciones, pero también con una gran cuota de ilusión.

Alone dijo de este libro que era *juvenil, fresco y convenientemente revolucionario*. Ansiaba su autor encontrar esa ciudadela. Muchos años más tarde, presenciando la obra *Llegaron a una ciudad* de J.B. Priestley, puesta en escena por el Teatro Experimental, pude identificar esa inquietud juvenil con el pensamiento de Joe, uno de sus protagonistas que poco antes de caer el telón decía, con aire triunfante:

"Soñé en un sueño . . . Vi una ciudad invencible a los ataques del resto del mundo . . . Soñé que era la Nueva Ciudad de los Amigos".

Con relación a este primer libro, deseo dejar constancia de un hecho que era propio de esos tiempos; servía el cargo de Subsecretario de Educación el escritor Julio Arriagada Augier, quien había logrado un ítem en el presupuesto de su

Ministerio para adquirir obras de escritores chilenos, de aquellos que laboriosamente autoeditaban sus libros.

Con mucho temor concurrí a su gabinete a entregarle el libro, él me recibió con la cordialidad que le era propia y me inquirió acerca del tiraje de la edición, con mucha vergüenza confesé que había impreso mil ejemplares, algo que ya me parecía una exageración, pero él sin dar tiempo a explicaciones me manifestó que adquiriría 200 ejemplares, que al precio de venta de la obra, prácticamente financiaba la edición. Los trámites administrativos son propios de una transacción con el Fisco, pero creo que sería muy útil que alguna vez ese Ministerio tuviera un ítem para estos fines.

De los años inmediatamente anteriores y posteriores a este primer libro, data mi vinculación con el quehacer de la literatura; participé en las actividades de la última época de la Alianza de Intelectuales de Chile, fundada por Pablo Neruda y conocí a Mireya Lafuente, Angel Cruchaga Santa María, Juvencio Valle, Roberto Aldunate León, Tomás Montecino, el recio narrador del Maule; por esa misma época funcionaba en calle Monjitas

la Sociedad de Escritores Jóvenes de Chile, en cuyas reuniones compartíamos sueños y frustraciones con otros jóvenes, algunos hoy maduros escritores.

Por esos años era posible alternar al atardecer en largos coloquios en el Café Do Brasi¹, de Ahumada, hasta allí llegaban el poeta Víctor Castro autor de una interesante antología *Poesía Nueva de Chile*; Stella Díaz Varín, Reginaldo Vásquez, poeta joven, pero hombre maduro; Alfonso Gómez Líbano, Dámaso Ogaz, Mario Ferrero y tantos otros nombres; lugares de convivencia literaria eran también el Café Iris y el Café Guaraní, últimos reductos de recordadas tertulias.

A fines de 1950 enfrenté una elección difícil, tenía que asumir la responsabilidad de un trabajo estable para recuperar el tiempo que se iba; pude en ese momento elegir entre un puesto en la redacción del diario *La Hora* o un cargo en la Caja de Crédito Agrario, decidido por esta última designación me trasladé a San Felipe, hermosa y solariega capital entonces de la provincia de Aconcagua.

En San Felipe se ha acunado una tradición intelectual de excepción; allí surgieron importan-

tes actividades literarias; sin pretender abarcar en su extensión esta edificante realidad, quisiera señalar entre sus figuras a Daniel Caldera, celebrado autor de ese drama clásico *El Tribunal del Honor*; a los intendentes de la provincia, José Antonio Soffia y Guillermo Blest Gana y uniendo a estos nombres a Abdón Cifuentes, René Arabena Williams, Alejandrina Carvajal, poetisa autora del himno oficial de San Felipe, Bernardo Cruz Adler, sacerdote de selección, poeta e historiador, Roque Castro Gutiérrez, escritor fino y nostálgico, Ernesto Montenegro, que recorría el mundo para entregarnos su atildada visión del mismo, Eduardo Ventura López, periodista meritorio y ensayista. Quienes les suceden son dignos sustentadores de este linaje literario, sus nombres circulan en obras, antologías y estudios.

En esa época, 1951, apareció mi poemario *Egida de la Intemperie*, luego un cuadernillo de dos poemas: *El tiempo vuelve*; de esa misma y recordada fecha es una publicación titulada *Sonata del río Aconcagua*, poema reproducido en muchas publicaciones en San Felipe.

Pero mi compromiso más significativo con tan recordada ciudad, es reconocer ahora y siem-

pre, este contacto humano magnífico, coronado por la vivencia de un paisaje de hermosos contornos.

Producto de esta amalgama de sentimientos y entusiasmos, fue el Grupo Ariel de San Felipe que fundáramos junto a la poetisa María Cristina Castro Sotomayor, empresa generosa, atrevida, que bajo la divisa de Arte, Renovación, Inteligencia, Espíritu y Libertad, vitalizara los lauros intelectuales de San Felipe.

Grupo Ariel realizó una labor de extensión cultural singular, generó un movimiento literario, plástico y teatral, promovió exposiciones, recitales, conciertos, invitó a figuras de las letras chilenas, editó con la contribución del diario *El Trabajo*, que dirigía el tesorero y cordial periodista Víctor Juri Henríquez, un suplemento literario durante largo tiempo.

No puedo dejar de señalar un hecho innegable, el medio me ha marcado, siento cada vez más fuerte el vínculo con aquellos parajes que han hecho mi vida; unión de territorios dispersos en la memoria, que han motivado mi espíritu, que han fortalecido mi verbo.

A mediados de 1953, imperativos funciona-

rios motivaron mi alejamiento de San Felipe, para residir en la ciudad de Chillán; volví muchas veces a San Felipe, para renovar esa alianza del sentimiento, del hombre, del corazón.

En un riguroso invierno llegué a mi nuevo destino, Chillán, ciudad que lentamente habíase recuperado de sus heridas del terremoto de 1939 y que nos ofrecía la sensación, confirmada después, de una ciudad dinámica, emprendedora, solidaria.

No fue fácil mi primera época, pero a los pocos meses me vinculé a las actividades artísticas en el Taller de Arte Dramático, Tadra, entusiasta grupo de jóvenes trabajadores y estudiantes, que realizaba una labor de radiodifusión en Emisoras Ñuble. Más adelante contribuimos, en muy modesta medida, a la fundación del Instituto de Extensión Cultural de Chillán, entidad que gallardamente se mantiene en actividad; en seguida con un grupo de jóvenes escritores fundamos el Grupo Literario Fénix, que editó un suplemento en el periódico regional *La Provincia*, del que fuimos además columnista de asuntos nacionales. De esa época es nuestro poemario *De arcilla y luz*, poesía de tono menor y luego *El año maduro*.

Fue enriquecedora mi permanencia en Chillán, conocí mucha gente joven con inquietudes intelectuales estimables, conocí la estabilidad emocional de un pueb'o progresista, conviví con muchas personas vinculadas al agro, conocí de sus inquietudes, de sus anhelos y esperanzas de labriegos esforzados.

A comienzos de 1956, otra decisión superior me trajo de regreso a la capital, para asumir un cargo en el Departamento Agrícola del Banco del Estado de Chile.

A los pocos meses de encontrarme en Santiago surgió entre un pequeño grupo de funcionarios del Banco una aspiración que necesariamente debo vincular a mis asuntos literarios. Ese anhelo consistió en crear un organismo cultural. Por el'o, el 6 de junio de 1956, se funda el Instituto de Extensión Cultural del Personal del Banco del Estado de Chile, nombre posteriormente simplificado por el de Instituto Bancario de Cultura, entidad en la que participaron funcionarios de las distintas entidades bancarias del país. Puedo asegurar que esta ha sido una de las más importantes contribuciones de una empresa y de sus funcionarios, al estímulo de las actividades intelectuales en ge-

neral; hoy este organismo se denomina Instituto de Cultura del Banco del Estado de Chile y en su sede tiene lugar un interesante acontecer artístico.

En esa época, en su ubicación de calle Huérfanos, el Instituto abrió sus puertas a una importante labor de extensión de la Sociedad de Escritores de Chile, allí se realizaron, entre otras actividades, conferencias de Pablo Neruda, de Alfonso Escudero, de escritores extranjeros de prestigio y de otras figuras de nuestra intelectualidad.

A partir de 1956 me vinculé al Grupo Fuego de la Poesía, que en estos días celebra alborozado sus pletóricos treinta años de existencia y más de 110 ediciones de libros con su sello y su divisa *Ex fumo in lucem*, del humo a la luz, cuatro ediciones de su revista *Poesía* y contabiliza un gran número de recitales, conferencias, sesiones-almuerzos, exposiciones de libros.

Este Grupo fue fundado en 1955 por Carlos René Correa, su actual y emprendedor Presidente; por José Miguel Vicuña, Mila Oyarzún y otras poetas; han sido sus presidentes en diferentes épocas, Humberto Díaz-Casanueva, Premio Nacional de Literatura, Enrique Gómez Correa, prestigiosa figura de nuestra poesía y José Miguel Vicuña.

Participo actualmente en calidad de Vicepresidente en la conducción del Grupo en un directorio que integran: Isabel Velasco, Elisa de Paut, José Miguel Vicuña, María Silva Ossa, Eliana Navarro, Jorge Jobet y Ernesto Murillo.

Desde 1956 aparecen sucesivas ediciones de otros poemarios: *Un viejo navío para el alba*, poema dedicado a Valparaíso; *Cuarteto para un día de otoño*, 1957; *Alianza en el corazón*, edición fascicular de 10 poemas; *En el territorio de la primavera*, volumen editado con el sello del Grupo Ariel de San Felipe.

Paralelamente a la intensa actividad que genera el Instituto Bancario de Cultura, conciertos, conferencias, recitales, presentaciones teatrales, exposiciones, seminarios; continúan nuevos títulos: *América, Amor, Anhelos*, 1959, una hermosa edición en fascículo de este poema alegórico; *Garganta de fuego*, colección de 12 poemas editados con el sello del Grupo Fuego de la Poesía, tomo con el que el Grupo festeja en los Salones del Centro Argentino, cinco años de vida.

Vuelvo a tomar otro retazo de mi vida para decir que en ese ir y venir, entre labores ejercidas para resolver la existencia y aquellas otras

destinadas a enriquecer el espíritu, hice un alto en la jornada para encontrar una esposa que ha estimulado abnegadamente estos quehaceres de la literatura, el trabajo de difusión cultural y todas aquellas empresas generosas que se forjan en el vasto territorio de las obstinadas quimeras.

Sofía vino desde el lejano Chiloé mitológico, poblado de bellas y extrañas leyendas que dan perfil a una extraordinaria literatura, cuyos creadores todos conocemos.

Con Sofía hemos constituido un hogar modesto de clase media, con tres hijos que aspiran una profesión en una cautivante área de la tecnología: la electrónica. Sobrellevamos los problemas que la sociedad descarga en esta clase esforzada que ha contribuido con su esfuerzo, desvelos y sacrificios a delinear el perfil de la patria y a vigorizar su desarrollo cívico, intelectual, político, moral y económico.

En 1961 aparece *El corazón y su recuerdo*, conjunto de cuatro extensos poemas de reminiscencias y luego de un período de varios años de silencio editorial, en 1967 se publica con sello del Fondo de Publicaciones del Instituto, el poemario *El juglar iluminado* y luego en la colección *El*

viento en la llama, *Una lámpara nos espera al final del día.*

En los primeros meses de 1971, junto con el relevo que se produjo en las actividades nacionales por los marcados cambios políticos, me correspondió asumir la Secretaría General del Banco del Estado de Chile.

Ese mismo año, a pesar de la ardua labor que significaba este cargo, se publicó *Iniciación en la hoguera*, colección de 50 poemas breves y luego en 1972 *El constante recuerdo*, un extenso poema de 400 versos.

Estoy convencido del hecho de que la poesía no tiene explicación; su génesis ingresa a los lejanos límites del sueño y de la razón, de la inconsciencia y del sentimiento, pero no obstante deseo manifestar que *El constante recuerdo* responde a un fuerte sentimiento forjado en mi adolescencia. En efecto, residía en calle Lastra, al comienzo de avenida Independencia y como una imagen leve, deslizábase por esa calle con destino a su liceo, una niña. A ella está destinada esta obra, nunca lo sabrá, ¿para qué, son esos acontecimientos que jalonan nuestra vida, que nos reivindicamos con el ser que somos, que mañana dejaremos de ser?

Al final de esa calle, existe una plaza de nombre folclórico, cerca de allí estaba la casa de esa princesa —niña que yo observaba con ternura propia de esos tiernos años.

En 1973 publiqué *25 años de poesía*, una antología y posteriormente *Instantes para el crepúsculo* y después dos cuadernos en 1977 y 1978, *Invocación oceánica* y *Versos de los palomares*.

A propósito de *Invocación oceánica*, hemos ido postergando en este relato la necesaria mención de Valparaíso tan desgarrado por la furia de la naturaleza.

El puerto compromete mis remembranzas de infancia y adolescencia porque en los períodos de vacaciones estudiantiles, recorrí sus avenidas sintiendo en el rostro el salobre viento venido del mar.

Valparaíso está ligado a mi vida, el paseo en la Plaza Victoria, los refrigerios en el Bogarín, las mañanas asoleadas en Las Torpederas, el Cine Velarde y más de un rostro de niña, asomada al balcón de un escondido cerro de tan inesperada estructura.

Por cierto, que junto a esta experiencia personal que ha dejado en mi espíritu un sentimiento de amor por el puerto, por sus calles escarpadas,

por sus paseos, que he venido a redescubrir ahora adulto, me ha estimulado la lectura de obras como *Valparaíso, fantasmas*; *Mónica Sander*; *Isabel Talbot*; *Todos eramos de este mundo*; *Valparaíso, puerto de nostalgia*; *Viento en la Bahía*.

En 1975, razones de orden personal y con evidente sacrificio económico, decidí retirarme del Banco del Estado de Chile, para afrontar tareas exclusivamente literarias.

Continuamos la labor de divulgar nuestra poesía y publiqué *Los escritos del otoño*, en 1978; *El profundo ayer*, 1980; *Lugares de la ternura*, 1982 y *Los pergaminos de la ira*, 1984.

Capítulo aparte merece por cierto, la necesidad de fijar algunos puntos de vista referentes a la singular experiencia de la creación poética.

El tema es vasto; cada estudioso tiene algo que aportar, pero estimo que hay una idea recurrente, en la que todos nos afirmamos, casi sin excepción, la poesía sólo puede tener una explicación en el ámbito de los sueños, en la rigurosa subconsciencia del hombre, mensaje cifrado, porque no otra cosa es ese material mítico de las metáforas, que cada interlocutor recrea de acuerdo con sus personales inclinaciones estéticas.

No existe un mecanismo único de creación, cada rapsoda se levanta de cara al día y no puede precisar en qué momento de su angustia trocará ese contemplar febril de la vida, por el razonamiento e irracionalidad del texto poético, que siempre desborda al creador, las limitaciones son consubstanciales a los reflejos que el creador sea capaz de originar con prontitud antes de que ese mensaje etéreo se difumine.

La herida que se produce después de cada proceso poético, sólo es comparable con la sensación de vacío que puede quedar en un ser que crea y que entrega en este acto todo su ser, físico y síquico. No es la muerte, por cierto, su final, viene una lenta recuperación de vitalidades para emprender de nuevo la tarea. Así en continua y cíclica jornada el poeta origina su obra.

Transformar la propia experiencia de cada día en el verbo poético, demanda una disposición de ánimo alerta a la recepción de estos estímulos; he aquí un proceso de inducción sistemática, trasladar la motivación, deformada por las situaciones ambiguas de la cotidianidad, a esa catarsis, que es el hecho de crear, y a mi juicio, el tránsito obligado e itinerario de este elaborar de la poesía.

El poeta está alerta, pero no siempre estos incentivos conducen a la circunstancia precisa de la creación, puede ser todo un pausado sistema de atesoramiento de imágenes y emociones, como rostros que pasan, miradas que se cruzan, ángulos perdidos de un equilibrio estético en una puesta de sol, o en el perfil de un rostro peregrino, o el silencio a veces inexplicable de una calle; ese silencio que nos llega y conmueve, una risa que pasa y se pierde.

El poeta vive en la hoguera misma, nunca en la placidez paradisíaca, ha sido l'amado para expresar el dolor, sus recados son un manifiesto del desamparo, es la vez de los desarraigados que viven en las perspectivas de su personal realidad de incertidumbres, de aquellos que salen hacia el país de la lluvia sin ropajes, o afrontan el tórrido clima de los veranos tropicales, durmiendo con sombrías telas, o buscan el último vagón de los trenes para fumar en penumbras una pipa de aromado tabaco, como en las caricaturas de Verlaine o Baudelaire.

Qué de extraño tiene que un niño prodigio llamado Arthur Rimbaud haya consumido su genio en una obra maestra de juventud, para morir

de fiebre en Marsella y que el gran Darío terminara en un mundo de alucinaciones, creando, creando, bebiendo.

Decir poeta es asociar al hombre en un continuo e incesante afán creativo, podemos decir que todos los poetas son una esencia única y vital, una sola voz que nació con la necesidad originaria del hombre, de dar expresión a sus sentimientos, lo que nos movería a creer en la afirmación del Conde de Lautremont en el sentido de que la poesía debe ser hecha por todos.

No es fácil asumir un criterio absoluto frente al fenómeno poético; por otra parte, el poeta que desea enriquecer su percepción analítica y llegar a las mejores fuentes de la teoría de la creación literaria, no se exime de la obligación de leer a quienes constituyen una fuente de posibilidades de interpretación del diálogo poético.

A partir de Aristóteles que nos incita a creer en el poder de la imitación como venero de nuestro proceso creativo, pasando por la lectura del versátil Benedetto Croce, por las *Cartas a un joven poeta*, de Rainer María Rilke, con sus sutiles recomendaciones, por el espacio poético de Gastón Bachelard, o el mundo alucinado del gran ensa-

yista mexicano, Octavio Paz, para quien todo poema se escribe a expensas del poeta. Todo esto sin olvidar, por cierto, el afán estructuralista de un Wolfgang Kayser, la acuciosidad de Carlos Bousoño y, entre los nuestros, a Francisco Donoso con esa obra que conocimos en la niñez, *Al margen de la poesía*.

Para la realización de este *¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?*, he releído el material crítico acerca de mi obra y si bien es cierto que existen reseñas, glosas y comentarios muy laudatorios y estimulantes, también hay un material muy importante que son aquellas críticas severas que demandan mi atención. En su relectura he descubierto que ellas tienen mucho de razón, que deben estimular mi actitud autocrítica. Estoy convencido de que todo lo manifestado allí está dicho con la mayor buena voluntad, con criterio correctivo impecable y que debo hacerme cargo de esos comentarios que fortalecen mi ánimo.

En 1977, de colaborador eventual, durante varios años de la revista *Occidente*, cuando la conducía el destacado periodista Roberto Aldunate León, pasé a integrar su equipo editorial en calidad de Secretario de Redacción, bajo la dirección del eco-

nomista Gabriel Gutiérrez Ojeda, asumiendo la dirección en 1983, la que desempeño actualmente.

Sin perjuicio de las labores de Director, he continuado en sus páginas, una actividad iniciada hace bastantes años en otros medios de comunicación que ha consistido en reseñar el quehacer de nuestros escritores, comentando sus libros que día a día se incorporan al caudal de nuestra literatura.

Esta labor está registrada en las páginas del *Suplemento* de la cadena de diarios de la Sociedad Periodística del Sur; en la revista *Paula*, en el diario *Las Últimas Noticias*, en la revista *Nueva Extremadura*, en la revista *Objetivos* y en otros medios de divulgación. Decimos para quienes no están en conocimiento de ello, que la revista *Occidente* ha cumplido 41 años de existencia y disfruta de un bien ganado prestigio. Es una publicación perteneciente a la Gran Logia de Chile y el alto tiraje de sus ediciones asegura una interesante cobertura para los comentarios de libros.

En cuanto a mis actividades institucionales, puedo señalar que integré el Directorio de la Sociedad de Escritores de Chile, bajo la presidencia del académico y ensayista, Luis Sánchez Latorre. Pertenezco también al Instituto Chileno Árabe de

Cultura y desempeño en su Directorio el cargo de Secretario General, el Instituto propicia la divulgación del patrimonio cultural árabe y el robustecimiento de las relaciones de esta vasta colectividad con nuestro país. Somos integrantes del Instituto Chileno Argentino de Cultura, del Pen Club de Chile y Relacionador Público del Registro Nacional de Viajantes.

Es común cuando se interroga a un escritor, ahondar en lo que fueron y son sus lecturas predilectas, algunos sostienen que estas lecturas han sido determinantes en su formación, otros ponderan este vínculo y lo remiten a una relación sin mayor trascendencia.

En mi opinión los libros contribuyen eficazmente a enriquecer nuestra visión del mundo, y pueden o no ejercer influencias que modifiquen de algún modo el curso de nuestra existencia.

Mis obras o lecturas de juventud están dispersas; no las recuerdo con claridad, en todo caso, corresponden a ese ciclo de lecturas generacionales de cuya evidencia he conversado, en alguna oportunidad, con mi distinguida amiga sanfelipeña Olga Lolas Nazrala, profesora universitaria. El primer libro que leí fue una obra de ciencia fic-

ción de Herbert George Wells, *Los primeros hombres en la luna*, en una edición de la Colección Universo, de la Editorial Zig-Zag, 1931, que perdí y que he vuelto, ahora adulto, a tener en mi biblioteca al encontrar sus dos tomos, con gran alegría de mi parte, en una librería de viejo.

Leí también en esa época *Residencia en la tierra*, creo que en una edición Ercilla, esa lectura nerudiana inicial, me magnetizó, allí a mi juicio está el fundamento de este poeta universal y el contenido de esa obra ha sido esencial en mi comprensión, si es posible emplear este término, de esa totalidad que es la obra nerudiana. Tuve que leer *El Vicario de Wakefield*, de Oliver Goldsmith y su resumen fue mi primer trabajo literario, realizado para una colegiala, poco adicta a la lectura. Pero como todos los niños, en aquella época leíamos *El Peneca* y a Punta Arenas esta publicación llegaba ciertamente por vía marítima por lo que, en más de una ocasión, disputábamos con otros niños, en la librería que recibía el encargo de reservarnos esta publicación, varias ediciones que se acumulaban por el atraso en la llegada de los vapores. También en esas latitudes era una lec-

tura obligada la revista *Billiken*, de un buen contenido didáctico.

Subyugantes resultaban las aventuras de Jim Hawkin en *La Isla del Tesoro* y las hazañas de Sandokan y de otros héroes juveniles de los libros de la época, pero en esos años y en Santiago, estimuló mi afán por la lectura un maestro de castellano, don Rudecindo Ortega Masson, senador de la República y elocuente orador.

Los años se suman y otras lecturas conmueven el espíritu *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, libro que refleja una realidad trágica en nuestra América, como *Huasi-pungo* de Jorge Icaza; *Raza de Bronce* de Alcides Arguedas. Sin embargo, es la totalidad poética de César Vallejo la que remueven la conciencia del joven en su peripetia vital que no es otra que la de existir y alcanzar la plenitud de un horizonte en el que los sueños se transmutan en una realidad.

Posteriormente, son diversas las obras que nos entregan el fulgor de verdaderas creaciones que permanecen vivas en el gran universo de la literatura de todos los tiempos: Roger Martin Du Gard y su ciclo novelesco *Los Thibault*; Máximo Gorki y su obra *La Madre*; *Los Diarios de Gue-*

rra, de Romain Rolland; Nicolás Gogol y *Las almas muertas*; Hermann Hesse, *El Lobo Estepario*, *Siddharta*, *La ruta interior*, sin olvidar su hermético *Juego de Abalorios*; Stefan Zweig con su atrayente autobiografía *El mundo de ayer*, un dramático entretelón de la Vieja Europa, digna de un escritor por excelencia universal. La poesía eterna de Federico García Lorca, el lenificante verbo de Antonio Machado y el fulgor poético de Miguel Hernández.

Franz Kafka, Pierre Mac Orland, Boris Piliak y *El año desnudo*; Thomas Mann y *Las confesiones del aventurero Félix Krull*. Y constantemente hemos releído *Las memorias del Marquez de Bradomín*, hermosa creación de don Ramón del Valle Inclán, figura señera de la excepcional generación del 98.

Maduros ya, recogimos la fecunda siembra del ilustre español que es don José Ortega y Gasset y ambicionamos llegar a leer sus *Obras Completas*, seguros de reivindicar su plena vigencia. Podríamos continuar enumerando obras: James Joyce, Panait Istrati y sus dolientes *Cardos del Baragán* o sea joya literaria que es la biografía de Vasco Núñez de Balboa escrita por M. J. Quinta-

na, encontrada no hace mucho cuando buscábamos en los anaqueles abiertos de un bazar persa.

Y en los últimos años, en la gran eclosión de la nueva literatura latinoamericana, estos nombres que están vibrando en bocas y oídos del mundo, que la técnica de las comunicaciones renovada a niveles casi insospechados, ha puesto de relieve: Gabriel García Márquez y su fabulación portentosa; Mario Vargas Llosa y el desplazamiento universal de su prosa vital; Juan Carlos Onetti con su hondo drama de *El Astillero*; Juan Rulfo y su *Pedro Páramo* fantasmal y alucinado; Eduardo Mallea y *Todo verdor perecerá*; Carlos Fuentes y *La muerte de Artemio Cruz*.

A su vez la literatura chilena, es una preocupación insoslayable de todo escritor nacional. Su lectura y difusión me ha significado atesorar un pausado conocimiento de lo que han escrito o escriben nuestros creadores y, en la preferencia entre un autor y otro, juegan por cierto diversos factores propios del buen lector.

No podría prescindir en esta autobiografía de algunos aspectos que tienen que ver con el hombre en sociedad, con el compromiso que cada cual contrae en la forja de un ideal.

Parece obvio, pero pudiera ser que ello no fuese tan evidente. Soy un poeta y como tal, tengo un compromiso con el hombre en su proceso de integración social; con aquel ser que nada tiene y al que la sociedad le impide desplegar sus alas. Son para mí esenciales la tolerancia, la solidaridad y la caridad como fundamentos de una conducta personal y como expresiones universales de un humanismo integral, los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, y tengo la plena conciencia de que debemos revalorizarlos.

Esta concepción del mundo que he ido forjando en el esclarecido trabajo iniciático, que ha modelado mi conducta, me mueve a comprometer mi fe en la exaltación del ser a una sociedad justa, democrática y sostengo que el hombre es perfectible mediante el ejercicio de la reflexión serena, del trabajo dignificante y del estudio liberador.

Me asiste la certeza de que el diálogo es constructivo y que los hombres deben buscar el punto de encuentro para cotejar coincidencias y enriquecer esta convivencia con la proclamación del hombre como centro de toda preocupación. Sólo aspiro a contribuir con mi poesía, con mi quehacer, al advenimiento de una sociedad que pudiera ima-

ginarse utópica, pero cuyas posibilidades de construirse es la misión en la que el hombre debe empeñar su obra.

Nuestra vida está hecha de fragmentos de tantas vidas a las que tanto debemos; que un día se unieron por un instante, un tiempo a nuestra existencia; presencias humildes o rutilantes, silenciosas o vocingleras, que nos entregaron una palabra de amor, un consejo, una estre'la, una parte de su corazón y que luego se perdieron en el mismo y largo camino de nuestro propio destino.

Recontar esta inadvertida entrega nos llevaría toda una vida, os invito a este ejercicio. Observaréis asombrados que no tenéis nada propio, vuestra vida está hecha de jirones de otras vidas que os han enriquecido, fortalecido en la adversidad, coronado en vuestra felicidad, estimulado en vuestra obra.

Y, como de todas maneras, generosos hasta el derroche o egoístas hasta la angustia, también hemos entregado algo de nosotros, en algún momento de nuestra existencia, nada de lo que nos queda nos pertenece y así somos el ser que somos, una entidad única siempre en trance de ser verdad.

Y anoto esta reflexión final, porque a lo lar-

go de esta autobiografía, no he mencionado tantos nombres que comprometen mi gratitud. Son tantos que sin su presencia, su contribución generosa, mi vida no tendría el destino que he pretendido darle, ni mi poesía tendría este eco, que en la voz de mis amigos se proyecta.

No quisimos ceder a la seducción de la nostalgia, y por otra parte, no se puede livianamente comprometer el testimonio de otros hombres, de otros seres que nos brindaron su afecto y su esperanza. Un autorretrato, una autobiografía es el punto de partida de un apocalipsis personal.

El hombre se empeña en un soliloquio con sus recuerdos porque anhela transmutar su pasado y convertirlo en la evidencia de una quimera.

Amigos, he dicho muy poco o nada he dicho, sólo puedo manifestar lo que soy, pero a mí la vida me ha transcurrido y vivo cada instante el dolor de sentir en la propia mejilla, la lágrima que corre en un rostro acongojado; la emoción de recibir la luz astral de una sonrisa plena; la ansiedad de escuchar una voz distante cuando a veces nos hayamos tan solos en el mundo. Rescatar por un extraño poder taumatúrgico todo el tiempo ofrendado al amor, a la amistad, a esta vida

de romero por los días y las noches en perdidos
sueños y sentir por un instante el rumor del viejo
Río Imperial, bautismo auroral de nuestro signo
o el perfume evocador del florido i'ang ilang, allá
en el patio de una infancia ya lejana.

Julio, 1985.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzua
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Teresa Hamel
Guillermo Trejo
Graciela Toro
Ernesto Livacic
Enrique Skinner
Astrid Fugellie
Rosa Cruchaga de Walker
Raúl de Ramón
Lautaro Yankas
Eugenio García-Díaz



COEDICION
ZAMORANO Y CAF
LIBRERIA Y EDITORIA
EDITORIAL NASCIM
COLEGIO SAN AGU